

La oración: meta de la vida

Arzobispo Pablo Yazígy

La oración es más que peticiones. La oración no es meramente acción de gracias a Dios: recordar a Dios en tiempos de angustia y elevar las gracias pidiendo su bendición en tiempos de alegría son especies de oración, aunque ella es mucho más. Todo lo mencionado tendrá un fin, pero la oración se define como «la convivencia con el Padre celestial»: levantar el corazón hacia el cielo, volver la mirada en cada momento a Dios que está presente con nosotros invisiblemente. La oración es sentir la presencia de Dios en todos los aspectos de nuestra vida, comparecencia que perdimos a causa de nuestras preocupaciones hacia todo detalle de la vida, mientras estos detalles deberían encaminarse bajo la sombra de su Presencia.

La oración no es exclusiva de los monjes ni de un sector de personas y mucho menos de ciertas circunstancias de la vida. Nuestro Señor Jesucristo, conforme a las Santas Escrituras, es «Emmanuel», que significa *Dios está con nosotros*. Él vino para que esté con nosotros en toda circunstancia y a

La oración: meta de la vida

toda hora. Él nos busca, pero nosotros a menudo lo olvidamos. La oración es un arte cristiano para todos, es la reconciliación entre Dios –quien está en la puerta y toca– y nuestro corazón que ha sido cerrado a su llamado. Ningún incidente o circunstancia debe impedirnos la oración: al contrario, todo incidente o circunstancia ha de ser oportunidad para compartir con Jesús, y esto es la oración. Es bueno que deseemos la oración, pero no es suficiente; debemos especificar un *programa* para realizar este deseo, tal como en todos los asuntos de la vida: el deseo queda inaprovechado sin un programa concreto.

Antes que nada, es apropiado observar que es mejor orar poco con lucidez, contemplación y serenidad que rezar mucho sin entendimiento ni comprensión; porque la oración no es una obligación impuesta, sino una necesidad requerida. Es práctico disponer un programa diario y semanal que nos recuerde la oración, a través del cual le dedicamos un tiempo y lugar dignos, que desde luego dependen de la edad y circunstancias.

Generalmente hay rezos individuales estimados y practicables como *el Proemial* (al despertar), *las Completas* (antes de dormir), las oraciones antes y después de las comidas, y las de antes y después del estudio. También están los servicios comunitarios como las Vísperas y la Divina Liturgia en las fiestas y los domingos, que contribuyen a conservar en nosotros el anhelo hacia la oración, especialmente, cuando participemos en estos servicios con

conciencia, y nos aproximemos al santo Cáliz con reverencia y preparación.

Además de este programa –que cada cual lo determina con libertad y conforme a sus circunstancias–, hay mensajes relámpago y miradas repentinas hacia el Rostro de Jesús, que no necesitan de tiempo prolongado ni lugar solitario ni templo... Son aquellos suspiros y clamores cordiales que elevamos desde el fondo del ser al Señor a lo largo de la vida cotidiana, expresando todo lo que se encuentra en nuestro interior y depositándolo en las manos del misericordioso Dios. El programa es práctico y necesario, y las oraciones espontáneas elevadas en cada momento son muy útiles. Cada una de las dos formas de oración fortalece la otra y la hace más profunda.

Por lo demás, podemos adquirir el hábito de repetir pequeñas oraciones, fáciles y queridas, y conectarlas a los detalles rutinarios de nuestro día; y así, transformamos la rutina en un sistema lleno de júbilo y de paz, y hacemos que Dios esté presente con nosotros en las actividades cotidianas, comunes e importantes. Por ejemplo, decimos una pequeña frase rogativa o nos persignamos cuando nos vestimos, cuando salimos de la casa o cuando regresamos, antes y después de la comida; podemos orar momentáneamente antes de dirigir observaciones o críticas a los demás, antes de contestar una pregunta, o antes de tomar decisiones... y veremos cómo la oración consagra nuestras palabras y decisiones. Estas repentinas

oraciones nos hacen comprender que los detalles –aun los más minuciosos– de nuestra vida no son insignificantes, sino una parte venerable y una necesidad sagrada en la prolongada marcha. La oración es un misterio: cuando la practicamos, nos enamoramos de ella. Al respecto, la literatura cristiana dice: «El que una sola vez orase (verdaderamente desde el corazón), su destino sería orar para siempre.»